MJ estudios

Ser hijo de «TODISTA»

Miguel Ángel Olivares Ullán
Psicólogo. Director del Centro Juvenil Juveliber (Salesianos Parla, Madrid)

Síntesis del artículo

El autor estudia el consumismo en los/as adolescentes y propone modos de interpretarlo desde la cultura clásica y una escena del evangelio de Marcos. Ese pasaje evangélico da la pista educativa decisiva: curar a las familias para curar a sus hijos.

#**PALABRAS CLAVE:** Adolescente, consumo, consumismo, familia, adicción, Jesús, Evangelio.

Abstract

The author studies consumerism in adolescents and proposes ways of interpreting it from classical culture and from a scene from the Gospel of Mark. That evangelical passage gives the decisive educational clue: to cure families to cure their children.

#**KEYWORDS:** Adolescent, consumption, consumerism, family, addiction, Jesus, Gospel.

Parla, bloque de edificios de una barriada de reconocida pobreza. Por ventanas sin persianas, creativamente cubiertas con todo tipo de telas, cartones o plásticos por el día, podemos observar en las noches "pantalones" de televisión de última generación. Casi nadie se libra en ese bloque de las dificultades para llegar a fin de mes. Algunos acuden a los despachos de Caritas y todos son conocidos en Servicios Sociales.

Un adolescente de este barrio se sentirá marginado si no lleva el último móvil y zapatillas de marca. En esto es igual a otro adolescente que vive en el mejor barrio de la ciudad y a otro quinceañero que habita en un país empobrecido. A todos les daña el mismo "daímon".

1 Ser adolescente en un mundo de "adultos TODISTAS"

El anuncio emblemático del mundo adulto nos define: ser "TODISTA". La oferta es protegernos de nuestro miedo a perder lo que tenemos.

Nuestra sociedad de "adultos" mueve la publicidad, el mercado y sus productos hacia el perfil adolescente como principal consumidor. Hay todo un empeño cultural en ampliar el espectro de edad adolecente, o, al menos, ampliar sus gustos y manera de consumir al mayor número posible de personas; además la influencia del adolescente como grupo social

sobre el/la adolecente como persona nunca ha sido tan poderosa.

Pero los/as adolescentes escogen desde las coordenadas que nosotros/as les marcamos. Si nos observara un curioso investigador "marciano" y analizase nuestros hábitos, seguramente diría algo parecido a aquellos/as que nos vienen advirtiendo sobre el consumismo. Quizá tengan en común que no creemos en ellos/as o que no compartimos su idioma, porque, todo sea dicho, no les hacemos mucho caso. Con cariño y respeto comparto algunas de las ideas de uno de estos/as profetas.

Comienzo con Pedro José Gómez Serrano y algunos de sus regalos sobre el consumo y el consumismo (un buen resumen de su pensamiento está en el nº 87 de Frontera Hegian, *El consumo que consume*).

1.1 ***Consumo***

El proceso económico de producir, intercambiar, invertir y consumir se entreteje con nuestras necesidades de alimentación, vestido, cobijo o transporte y sus demandas de elementos naturales transformados adecuadamente. A lo largo del tiempo los avances técnicos, la acumulación de capital, la ampliación de mercados y la especialización social han permitido elevar a un ritmo geométrico la capacidad de producción y de consumo.

Un habitante de un país desarrollado o emergente supera extraordinariamente el nivel de vida que disfrutaban las élites privilegiadas en otros siglos. Se ha reducido la vulnerabilidad ante las inclemencias de la naturaleza, llegando a crear una "naturaleza artificial" que nos protege del frío y el calor, de las catástrofes alimentarias, alteraciones climatológicas, enfermedades…

Hemos llegado a poder olvidar la preocupación por las necesidades más básicas y disfrutar masivamente de bienes de consumo y de confort, culturales y recreativos. De ellos la sofisticación de estos bienes cada vez es mayor. Y en este ambiente educamos a nuestros/as hijos/as.

Aunque todo ello queda cuestionado (al menos para algunos/as) por una cruda realidad: *dos tercios de la humanidad quedan excluidos del proceso como beneficiarios.*

Esta actividad económica, a la vez técnica y social, configura un conjunto de valores y actitudes compartidos que condicionan cada vez más la vida de los individuos. Además de producir bienes, también produce necesidades, deseos, actitudes y aspiraciones sociales que terminan teniendo un fuerte arraigo social y una evolución en el tiempo.

Un concepto clásico de la "soberanía del consumidor", supone que nuestras decisiones, expresadas como demandas efectivas, orientan en último término la actividad económica, haciendo que los negocios prosperen o decaigan, conduciendo a los empresarios y sus inversiones, generando y destruyendo empleo. La propuesta crítica del "consumo responsable" se basa en la misma idea: pensar qué tipo de actividad estamos alimentando cuando compramos, considerando sus implicaciones sociales, económicas y ecológicas de su actividad.

Pero en la práctica, la capacidad de compra está muy desigualmente repartida y en muchos aspectos "domesticada" por las estrategias de marketing. En muchos aspectos el "soberano" consumidor pasa a ser "vasallo".

Tiene casi los sesenta años las denuncia de Herbert Marcuse sobre el proceso de alienación que caracteriza a la sociedad de consumo de masas, al reducir la com-

plejidad del ser humano a un "hombre unidimensional" mutilando las dimensiones de su ser no aptas para el consumo mercantil.

En todo caso asumimos que consumir forma parte de la condición humana y alcanzar un nivel de consumo digno forma parte de la justicia social exigible, civil o evangélica. Es necesario hacer todo lo posible por universalizarlo, teniendo en cuenta los límites de un planeta finito. Lo cuestionable económica, ecológica, psicológica y espiritualmente es el consumismo.

1.2 ***Consumismo***

Convertido en orientación global de la existencia y la filosofía de vida unida a la extensión del capitalismo, el consumismo fundamenta su lógica en una creciente producción de bienes y servicios, donde si no se vende lo producido, el ciclo económico entra en crisis; por tanto, las empresas y los gobiernos incentivan continuamente la compra de todo tipo de artículos. Se nos presenta al consumo masivo como el logro más acabado del bienestar humano.

El consumo se ha convertido en algo particularmente importante, e incluso central, en la vida de la persona, de sociedades enteras. La promoción de su existencia se postula como base de toda economía, de las relaciones humanas, de nuestra capacidad de querer, de desear y anhelar; y en especial de nuestra capacidad de experimentar esas emociones repetidamente.

Llevar el consumo a este extremo conduce a una patología humana, que hemos decidido hacer necesaria y funcional para que el crecimiento del capitalismo no decaiga. *Es una forma de vida que atrapa la afectividad y el deseo.* Nos afecta a todos, tengamos recursos o no. Pero muy especialmente a niños/as y adolescentes, y más aún a los/as que viven en barrios humildes, a los/as más pobres.

Erich Fromm nos advertía de que una persona puede ser esclava sin cadenas, porque ha trasladado las cadenas del exterior al interior. La capacidad sugestionadora que nos atiborra de ideas y necesidades, genera cadenas muy poderosas por invisibles. Es muy difícil liberarse de cadenas de cuya existencia desconoces. La jaula se nos ha hecho invisible.

Nuestros ancestros llamaban "*mal espíritu*", "*demonio*" o "*daímon*" a una entidad que llegaba desde el exterior y tomaba posesión de nuestra voluntad haciéndonos actuar de maneras que perjudican nuestra salud. La persona pasaba a pertenecer a otro, a vivir bajo otra voluntad.

Curiosamente el consumismo tiene muchas de las cualidades atribuidas desde antiguo a estos "*daímones*": nos hace creer que proporciona libertad y mayor capacidad de disfrutar. Básicamente su propuesta es que la vida se compone de pequeños momentos de placer y que el placer no puede esperar. Invita a inhibir el razonamiento crítico o analítico, a no considerar si la compra corresponde a una necesidad real, sus posibles implicaciones éticas o consecuencias para otras personas y la naturaleza. Sus aliados son la seducción de la publicidad, y el comportamiento imitativo de los iguales.

El valor absoluto del consumo es el centro sobre el que se ha construido a lo largo del tiempo toda una serie de valores que ahora nos parecen a todos evidentes. Han llegado hasta el último rincón del planeta en una colonización cultural sin precedentes, incluso a lugares donde la realidad económica hace inaccesibles los productos publicitados.

La identidad de las personas ha pasado de definirse por su profesión a hacerlo por su forma de consumo: mantener determinado grado de consumo es lo que define el grado de integración del que la persona y configura la identidad y la autoestima.

La autorreferencialidad y el considerar el motor de la propia existencia la satisfacción de las necesidades, aboca al narcisismo y a un deseo condenado a nunca ser satisfecho. Toda una dinámica adictiva, donde el aumento de la tolerancia exige el aumento de la dosis.

Consumir cosas nos lleva a consumir personas, al llevar a las relaciones la instrumentalización y el utilitarismo; a consumir instituciones, utilizándolas para nuestro beneficio personal; a consumir ideales y valores, mientras nos sean gratificantes y a bajo coste; a consumir espiritualidad, para saciar mágicamente nuestros deseos y llegar a la plenitud psicológica…

El consumismo opera como un sustituto eficaz de la religión: en lo subjetivo, dando sentido, sentimiento de pertenencia grupal, justificando el esfuerzo, el sacrificio personal, prometiendo salvación; y en lo estructural y funcional, ofreciendo mediaciones objetivas que lo posibilitan.

Apenas enunciamos los desafíos que la dinámica consumista plantea. Es imposible mantener físicamente un crecimiento material exponencial indefinido en un mundo finito y con una capacidad de regeneración biológica determinada. La injusta diferencia entre países y sectores sociales es caldo de cultivo de los más variados conflictos. La generación universal de expectativas de consumo se ve abocada a la frustración social ante la imposibilidad material de que la mayor parte de la humanidad pueda satisfacerla. El daño ético y moral que supone desterrar la gratuidad y la solidaridad. La alienación del ser humano y su empobrecimiento, especialmente entre lo más pobres.

1.3 ***El daímon del sistema***

No es descabellado *considerar el consumismo extremo como una patología*. En términos clásicos, el nombre de esta "patología" sería "pasión" o "daímon" y en lenguaje bíblico "mal espíritu".

Desde la psicología sistémica hay un concepto, "paciente designado", que viene a determinar la persona que en un sistema (por ejemplo una familia) presenta los síntomas patológicos. El acercamiento sistémico plantea la novedad de leer lo que le sucede a esa persona en relación con el sistema y, por lo tanto, reconocer que es el sistema el que padece la patología y es necesario ampliar el foco y observar a todo el sistema como sujeto de la patología. Desde aquí descubriremos todo un mundo en el que dinámicas externas al sujeto, en principio considerado como el "paciente", lo movilizan y le llevan a expresar comportamientos, valores, emociones y dinámicas que superan con mucho su expresión individual y no encajarían en lo que solemos llamar un comportamiento libre.

Un tema viejo y, a la vez, profundamente novedoso y desconcertante para nuestra mentalidad. Pero desde los viejos tiempos de Pitágoras se habla de pasiones, de sanación (y daño) mediante la palabra, la imagen y el sonido. Pedro Laín Entralgo (*La curación por la palabra en la antigüedad clásica*) afirma que la figura del filósofo y del antiguo chamán no estaban alejadas en Pitágoras y, en su concepto de salud y enfermedad, el proceder terapéutico buscaba expulsar "daímones" del cuerpo y el alma del enfermo. Por lo tanto sanar era expulsar un elemento ("daímon") perturbador y restituir al sujeto a su "pureza" inicial. Así la epilepsia y la locura se creían causadas por la irrupción de un "daímon", y otras muchas afecciones, incluidas las psíquicas y las pasiones, se explicaban así; de hecho se llamaba a las pasiones "pequeñas epilepsias", es decir, "pequeñas posesiones".

En la actualidad no es extraño que una familia traiga al psicólogo a un/a adolescente porque sus comportamientos son insoste-

nibles; y claramente nos encontraremos ante un paciente designado que hace de mensajero de una familia que necesita afrontar su locura y su propio "daímon".

Con esta manera de hablar busco ofrecer la riqueza de nuestra tradición judeocristiana y grecorromana, añadiendo la secuestrada lectura espiritual de los acontecimientos humanos, a la habitual lectura bio-psico-social.

Hablamos de la posibilidad de que un padre, representante simbólico de la capacidad de enfrentarse con el mundo y sus exigencias, pueda transmitir a su hijo una concepción del mundo que contenga un "daímon" dañino, por el que el padre (y con él el sistema familiar y social) sufre enfermedad, cuyos síntomas se manifiestan con más intensidad y claridad en el "paciente designado", el hijo.

2 Un padre con un hijo endemoniado

Nos puede aportar luz la lectura que hace Xabier Pikaza del pasaje del segundo testamento, en el evangelio de Marcos (9,2-29), de la curación de un padre y su hijo endemoniado[1]. Nos propone un tríptico evangélico: a los lados la transfiguración (9,2-8) y la curación del niño enfermo (9,14-29); en el centro la entrega de la vida, el compromiso personal de aquellos que han sido llamados a convertirse en evangelio, buena nueva de vida para los demás (9,9-13).

2.1 *El monte de la visión*

Arriba, la Transfiguración, anticipando la pascua. Jesús con tres discípulos privilegiados (9,2-8). Testimonian Moisés y Elías. Los discípulos, en oración, parecen descubrir en el rostro de Jesús la gloria de Dios; y en su figura la culminación de todas las promesas de lo humano.

Pero, enseguida, se nos muestra que se trata de una plegaria egoísta e ignorante: Pedro pretende permanecer allí siempre, en eterna fiesta de separación y gozo. Poco le importan los hombres y mujeres sufrientes que han quedado abajo, en el valle de locura y discusión del mundo. Queda desmontada la falsa experiencia de santidad interpretada como descubrimiento misterioso de Dios en Jesucristo separado del mundo. Pedro no sabe lo que dice, dominado por el miedo y la falta de fe.

2.2 *El descenso*

El descenso, con Jesús, implica compromiso (9,9-13). Resuena en ellos la voz del Padre (¡Este es mi Hijo amado, escuchadle!: 9,7). Les ha despertado del sueño de oración y les vuelve pequeños caminantes, por la senda de entrega de Jesús que baja de la montaña al valle de la problemática humana y les muestra su más honda tarea. No pueden hablar de lo que han visto, no pueden entenderlo, hasta que el Hijo del Hombre resucite de entre los muertos, hasta que haya culminado su camino de evangelio (9,10).

2.3 *La curación del niño*

Llega Jesús (el Crucificado) a la cruz concreta de este hijo endemoniado y de su padre falto de fe. El rostro atormentado del "sistema humanidad", condensado en un "sistema familiar", en un hijo y un padre que no logran comunicarse, en una patología que actúa, muda, en un niño. Ya el pintor Caravaggio (*ver ilustración*) supo captar la relación entre ambas escenas (transfiguración y curación del niño).

Jesús supera la gran fisura de la historia, bajando con los discípulos orantes hasta el valle de locura y discusión, para curar al niño y decir a los discípulos de abajo que este tipo de demonios sólo pueden expulsarse con ora-

1 http://blogs.periodistadigital.com/xpikaza.php/2015/02/27/tabor-2-bajar-del-monte-curar-al-padre-d.

ción (9,29), subiendo a la montaña de la pascua para recibir la fuerza de Dios y traducirla en gesto de servicio hacia los pobres. Jesús une cielo y tierra, contemplación y acción liberadora. Aparece por un lado como el Hijo amado de Dios (9,7) y por el otro como aquel que ayuda al padre humano a dialogar con su hijo enfermo, en clave de fe sanadora (9,22-24). Dos escenas de familia (una de Dios, otra del mundo), vinculadas por el mismo Jesús, Hijo divino, que ayuda al padre e hijo de este mundo:

Arriba está Jesús, el Hijo verdadero, nos desvela la paternidad bondadosa de Dios, Padre que confía en Jesús, y nos pide que confiemos en él y le escuchemos, porque es su "*agapêtos*", Hijo entrañable.

Abajo hay un padre que no puede creer en el hijo, ni transmitirle su palabra (cf. 9,17-24). La tragedia de la escena está en que el padre humano no consigue decir a su hijo enfermo lo que el Padre Dios dice a Jesús. La actuación de Jesús ha de entenderse como terapia paterna: quiere que el padre confíe, acepte a su hijo y le quiera (le crea), llamándole "*agapêtos*", querido, traduciendo así en la tierra el misterio del Dios del reino de Jesús.

La miseria universal se condensa en estas figuras emblemáticas, en la ruptura entre un padre y un hijo, en la disociación familiar. Toda la historia se condensa en este padre angustiado, que desea curar a su hijo y no puede, pues no logra creer en la vida ni tiene palabra creadora, curadora y paterna, para darle vida. De esta forma es signo de una humanidad que no consigue perpetuarse, que destruye en la locura a su propio hijo enloquecido, que se encierra en su mutismo estéril, desplegando al mismo tiempo su violencia en forma de autoagresión que puede dirigirse en cualquier momento hacia los otros.

2.4 Un demonio mudo

Estamos ante un caso de aislamiento violento, que quizá podría interpretarse como epilepsia, pero también como cualquier tipo de locura o conducta autodestructiva. El padre ofrece un buen diagnóstico de la enfermedad, pero es incapaz de curarla encerrado en su propio vacío.

La falta de comunicación es clave: el niño no puede ni quiere hablar con nadie. No escucha a nadie y en nadie puede confiar, pues no ha escuchado: ¡tú eres mi hijo, yo te quiero! Descubre y realiza su vida como un deseo de muerte que se enrosca sobre sí mismo. El padre lo sabe y se siente impotente. No puede ofrecer a su hijo, enfermo desde la infancia (9,21), una palabra creadora de afirmación personal y de cariño.

El vacío vital aloja la patología, "espíritu maligno" o "daímon", que le arroja al agua y al fuego, para perderle (9,22).

Gracias a Empédocles sabemos que, en la influyente mentalidad griega de la época, el agua se asociaba a Hades y el fuego a Neftis, dioses que simbolizan el inframundo y la muerte, los sentimientos y las intuiciones, los comportamientos y las pasiones relacionados con la muerte. En su filosofía todo es un enfrentamiento entre el amor y la discordia, lo que no deja de darnos una pista significativa para la interpretación del texto.

Este niño sobrevive entre el fuego y el agua, entre síntomas de la enfermedad ambivalentes, que por un lado le apartan de los otros (de la familia) y por otro han de entenderse como signo de dolor y petición de ayuda. La actividad del niño es agresiva y destructiva, en un matarse sin querer matarse, para hacer sufrir al padre, buscando su atención, pidiendo su ayuda. Es una relación de violencia frente al padre, a quien en el fondo quiere matar haciendo que se mata a sí mismo. La misma enfermedad es un lenguaje pervertido, una forma de expresar su falta de fe, su carencia de cariño.

Muchas de las conductas consumistas y destructivas de nuestros adolescentes pueden ser esclarecidas desde aquí.

2.5 El arte sanador de Jesús, curar al padre, para que el hijo sane

Jesús sabe entender la enfermedad, haciendo que el mismo padre del niño se la explique. No cura al niño sino al padre, abriéndole al campo de la fe, al lugar donde se puede amar de forma gratuita y creadora, diciendo: ¡Tú eres mi hijo querido!

Convirtiendo al padre, Jesús puede llegar hasta el principio de locura de su hijo, con un gesto fuerte de clarificación y ayuda.

Todo es humanamente divino y divinamente humano, terapia y religión. Dios mismo se vuelve presente y transforma estas relaciones rotas y las recrea. Jesús enseña al padre-enfermo-del-enfermo a darle vida a su hijo asumiendo ser responsable de la enfermedad del niño, e inicia un camino de fe, con la ayuda de Jesús, aceptando a Dios como Señor de la vida y redescubriendo la exigencia y gracia de su paternidad en clave de confianza.

A su vez, el padre asume que está enfermo y tiene disposición para colaborar buscando ayuda. No se empeña en tener razón, no se defiende a sí mismo, no echa la culpa al niño enfermo. Sabe observar, asume su propia responsabilidad en relación al niño, se compromete a creer con la ayuda de Jesús.

Jesús penetra en ese abismo de ruptura familiar y opresión del niño. Viene de la montaña del encuentro con Dios, donde ha escuchado en forma nueva, en gesto de servicio liberador, la voz divina que dice "¡Tú eres mi Hijo" (1,11; cf 9,7). Por eso puede actuar y actúa como hermano de los hombres, llegando hasta el lugar de la máxima disociación y ruptura familiar, hasta el abismo donde la falta de comunicación entre el padre y el hijo se convierte en principio de locura para el más débil de los dos (el niño).

Actúa como verdadero terapeuta o creador de familia. Dialoga con el padre en forma clara y comprensiva; no le acusa de nada, no le

condena ni humilla. Simplemente le escucha, deja que se vaya desahogando y al final le conduce al lugar donde la fe (en Dios, en sí mismo y en el hijo), le hacen superar la incredulidad y le capacitan para curar al hijo enfermo:

– *Todo es posible para el que cree, dice Jesús (9,23).* Esa fe no es para Jesús fuente y lugar de salvación sólo interior sino fuerza de transformación personal, en el plano de la vida individual y de las relaciones familiares y sociales. La misma familia (relación del padre con el hijo) viene a presentarse de esa forma como realidad que se vincula con la fe y en ella se alimenta. En un contexto donde las relaciones de la carne y de la sangre y la dinámica del consumismo son el principio de vida familiar, Jesús, ha colocado la fe mutua, la confianza creadora del padre que habiendo dicho ¡creo! puede confesar al niño enfermo: ¡tú eres mi hijo querido!

– *Creo, pero ayuda mi incredulidad, dice el padre, en palabra creadora de familia (9,24).* Así queda invertido el orden normal de las relaciones familiares: damos por supuesto que los hijos deben creer en los padres, asumir su visión del mundo, su manera de enfrentarse a él. Aquí es el padre el que, creyendo en el Dios de la vida (el gran Padre), puede suscitar y suscita la fe en su propio hijo. Es un padre el que, imitando a Dios, confía en su hijo e inicia con él un camino de curación. Por sí mismo, este padre había querido ayudar a su hijo, pero no conseguía; sólo ahora, con la ayuda de Jesús, puede convertirse en padre verdadero. Y este camino de amor, sana al hijo, al padre mismo, a la familia, a la sociedad y al cosmos.

Jesús aparece en su doble función de enfermo y sanador. Por un lado, él penetra en el abismo de dolor del hijo, identificándose con su opresión, asumiendo en sí la carga de enfermedad y violencia del niño para así curarle. Y por otra parte, sabe llegar al corazón del padre, haciéndole capaz de madurar en la fe y ofrecer amor sanador al niño enfermo.

No es fácil para Jesús, implica penetrar en el infierno de este mundo donde la muerte parece apoderarse de los lugares más profundos de la relación entre los padres y los hijos. Le duele a Jesús, lo siente en el alma, en una especie de anticipo de la Oración del Huerto de los Olivos, cuando pedirá que pase el cáliz (cf. 14,36). Por eso dice:

> "¡Oh generación incrédula!
> ¿Hasta cuándo estaré entre vosotros,
> hasta cuándo tendré que soportaros?" (9,19).

En nuestra generación la forma de la incredulidad tiene nombre de consumismo y raíces de avaricia. Los síntomas que aparecen en nuestros niños/as y adolescentes se nos hacen invisibles y no nos llaman la atención, son silenciosos, mudos y en muchos aspectos sordos a lo que los adultos le digamos desde la familia, hasta que ya es demasiado tarde y los síntomas son evidentes. Han aprendido a no creer en los hombres, por eso enferman y terminan oponiéndose los unos a los otros y a su propia familia. Junto al consumismo aparece el juicio sobre el otro como posible competidor, como el que puede quitarme lo que tengo o mi acceso a la "infinita fuente de breves felicidades" del consumismo.

A Jesús le pesa, pero asume, desde el niño enfermo, la miseria de la historia, en gesto de encarnación sufriente; ese niño enfermo no es alguien que le mira desde fuera, no es un caso más en la lista de los necesitados del mundo sino un momento de su propia vida hecha de solidaridad creadora.

Le pesa a Jesús la falta de fe, pero asume el reto de la enfermedad y se identifica activamente con el padre del enfermo, que representa a la generación de los adultos que a su vez hemos heredado y alimentado la cultura del consumismo; no le sustituye, no ocupa su

lugar, no le niega la tarea y exigencia creadora de su paternidad; pero penetra en su camino y le ayuda a creer, haciéndole capaz de reengendrar al hijo antes enfermo, haciendo ya que nazca a la vida madura, confiada, verdadera.

En el lugar de la mayor miseria humana se introduce el Cristo de la transfiguración. Jesús no huye del dolor, lo acepta, y con gran decisión va penetrando en el conflicto de este mundo, que tiene un aspecto económico y social, cultural y religioso, pero que culmina en (desde Mc 9,2-29) forma de falta de gratuidad y comunicación familiar. Cura transformando el narcisismo consumista y avaricia de los «mediadores» de la enfermedad (al padre) pues los enfermos o necesitados (el niño) son víctimas de una situación externa. Sólo la transformación del padre podrá curar al hijo.

2.6 Estos demonios se expulsan sólo con oración

Jesús puede curar, porque ha hecho el camino de la fe, en gesto de oración auténtica, descendiendo del Tabor en actitud de entrega de la vida. Puede penetrar y penetra en el abismo de dolor del niño enfermo, haciendo que el padre sea capaz de curarle con su gesto de fe. Entendida así, la oración de Jesús y de sus verdaderos discípulos viene a interpretarse como poder de creatividad humana integral. Quien ora de verdad desciende del Tabor para identificarse con los necesitados de la historia humana, en gesto de curación total, de transformación humana.

La oración, entendida como palabra de trasparencia que nos vincula con Dios Padre, nos hace capaces de descubrir a Cristo en la hondura del sufrimiento humano. Por eso, la frase final del relato podría decirse de dos formas:

- Este género de demonios no pueden expulsarse si no es con oración.
- Este tipo de oración sólo despliega su verdad expulsando a los demonios (cf. 9,29).

3 Una propuesta para padres/madres

Lleva literalmente a tu hijo/a al monte un fin de semana. Avisa en el pueblo más cercano dónde vais y cuándo volveréis. No lleves móvil. Enséñale a caminar en silencio, a saber mirar.

Cuando el fuego de la sed acucie su garganta háblale de saber dosificar la bebida y la comida, de las necesidades reales del cuerpo, de los beneficios de una adecuada autodisciplina. Sé tú el modelo de lo que dices.

Cuando proteste por no poder comunicarse con sus amigos/as o con esa pareja que le tiene tan absorbido/a, háblale de tu relación de pareja, de la cercanía y la lejanía necesarias, de los espacios compartidos y de la custodia de la soledad del/a otro/a. Pasad juntos un río. Pasad juntos la noche. Déjale unas horas en soledad, que se crea realmente solo/a. Cuídalo/a en la distancia.

Reza con él/ella.

Al regresar a la ciudad: proponte/le caminar por la ciudad por caminar, anímale a un día sin móvil de vez en cuando, muéstrale cómo se buscan momentos de silencio y soledad en la jornada, proponle que dedique algo de su tiempo en un compromiso solidario, inventa en tu familia el día de comer juntos/as y el día sin consumo; compra, cocina y come con él/ella y haz de estos espacios lugar de transmisión de valores…

4 Una propuesta para la pastoral familiar

Los "*espacios de familia*" son el fruto maduro de las "*escuelas de familia*". Tras una larga experiencia de trabajo con padres/madres y superadas las dificultades para convocar, el "*espacio de familia*" se revela como un lugar

en el que se puede hablar de los temas que preocupan a padres y madres en el día a día. En hora y media, cada semana o cada quince días y con un número de sesiones limitado (máximo 10) podemos afrontar temáticas que afectan a la salud integral de nuestros hijos/as.

4.1 ***Sobre el consumismo***

Plantemos cara al consumismo y veamos cómo afecta a los/as adolescentes, a nosotros/as y a nuestras relaciones.

Hablemos sobre la insatisfacción y el agradecimiento, del arte de saber vivir con menos y de agradecer lo que tenemos y la presencia y acciones de quienes nos aman.

Es un buen contexto para profundizar en la bienaventuranza con la que Jesús proclama: "Felices los que en su interior son como los pobres (los que saben ser pobres, los pobres de espíritu), porque de ellos es el reino del cielo (Mateo 5,3).

Tratemos la insatisfacción que nos acecha y sus causas. Pongamos límites a la publicidad, a la presión que ejercen los iguales en el consumo adolescente; afrontemos nuestros miedos al ver que todo el mundo hace lo mismo y el rechazo que implica ser diferentes.

Conservo agradecido, como tesoros valiosísimos, momentos en los que las familias hablan de sus economías domésticas y del sufrimiento que conlleva no poder llegar a cubrir las expectativas de sus hijo/as. Con estos temas se despliega mucha intimidad y se tocan heridas dolorosas, pero también se entra en terreno sagrado.

Reeducar la capacidad de agradecer se cultiva con los hechos y con los gestos de gratitud concretos en cada sesión.

4.2 ***Posible motivación para un encuentro***

En un "*espacio familiar*" variado, multicultural, y con un recorrido relativamente corto, propuso mi compañera la poesía que aparece al final. El diálogo fue rico e intenso. En la belleza de sus palabras subyace una relectura de las pasiones clásicas en nuestro contexto consumista. Nos ofrece un práctico guion de la propuestas educativas y sanadoras que necesitamos como adultos para ser padres y camino de sanación querido por Dios para los/as adolescentes y niños/as, para nuestras familias y nuestra sociedad.

Pobres (*Patas arriba, de Eduardo Galeano*)

Pobres, lo que se dice pobres,
son los que no tienen tiempo
para perder el tiempo.
Pobres, lo que se dice pobres,
son los que tienen piernas pero
se han olvidado de caminar,
como las alas de las gallinas que
se han olvidado de volar.
Pobres, lo que se dice pobres,
son los que comen basura y pagan
por ella como si fuera comida.
Pobres, lo que se dice pobres,
son los que no tienen más que
la libertad de elegir
entre uno y otro canal de televisión[2].
Pobres, lo que se dice pobres,
son los que son siempre muchos
y están siempre solos.
Pobres, lo que se dice pobres, son
los que no saben que son pobres.

MIGUEL ÁNGEL OLIVARES ULLÁN

[2] Nota: quizá convendría decir mejor, a día de hoy, elegir qué serie o que influencer seguir.